

Ya hacia cerca de 6 años que gobernaba Bruno la cartuxa en calidad de prior ó maestro (que es el título que le dan los autores contemporáneos, como tambien á sus primeros sucesores) quando Urbano II., que habia sido discípulo suyo, lo hizo venir á Roma para que lo ayudase con sus consejos en el gobierno de la Iglesia, y con efecto hizo este viage hácia el año 1089. Sus religiosos quedaron tan sentidos con su marcha, que abandonaron una soledad que ya no tenia ningun atractivo para ellos. Sin embargo, volvieron á ella al cabo de algun tiempo, y empezaron de nuevo su primer género de vida, baxo la direccion de Landuino, que el santo fundador les habia dexado para gobernarlos. Bruno fué recibido del papa con la distincion debida á su mérito. El pontífice, que conocia su prudencia, lo consultaba en los negocios mas arduos; pero la corte de Roma, adonde se llevaban todas las causas del mundo christiano, no era residencia que pudiese contentar á un santo que habia gustado las dulzuras de la soledad, y que suspiraba por ella. Solicitaba con ansia la licencia de volverse á la cartuxa; pero no queriendo Urbano consentir en ello, le instó que aceptase el arzobispado de Reggio. Bruno rehusó con constancia una honra de que se juzgaba indigno. Al fin, vencido el papa por sus instancias, tuvo á á bien que se retirase á una soledad de la Calabria con algunos compañeros que habia ganado para Dios durante su residencia en Roma. Allí llevaron la misma vida que se practicaba en la cartuxa de Grenoble. Este nuevo retiro de Bruno era muy diferente del primero, lleno de peñascos, rodeado de precipicios, y estrechado por altas montañas. Este, segun la descripcion que él mismo ha hecho, era un valle espacioso y agradable, en que se respiraba un ayre puro. Fuentes y arroyuelos lo regaban, y en él se admiraban árboles de toda especie, cargados de las mas delicadas frutas, con prados siempre cubiertos de verdura y de flores. Allí fué donde Bruno fundó la segunda casa de su orden, en una tierra dada por Rugero, conde de la Calabria. Este nuevo monasterio, cuya fundacion se pone en el año 1094, se llamó *la Torre*. Bruno pasó en él los 7 últimos años de su vida, y murió santamente el de 1101, despues de haber hecho en presencia de sus religiosos una confesion general de toda su vida, y una profesion de fe, en que insiste sobre el dogma de la presencia real de Jesu-

christo en la Eucaristia, á causa de los errores de Berengario, de quien habia sido discípulo y amigo.

San Bruno no habia dexado regla particular á sus discípulos; y así sus estatutos los hizo el venerable Guignes, quinto general de la orden. Formólos con arreglo á lo que habia visto practicar á los primeros compañeros del santo fundador, y por esta razon los intituló *Costumbres de la gran Cartuxa*. Comunicólos á las otras casas de la orden, que no eran todavía mas que tres. Tales fueron los principios de este instituto célebre, que se ha extendido con el tiempo á todas las partes del mundo christiano. A los monasterios de esta orden se da el nombre de Cartuxa, y á los piadosos solitarios que los habitan el de cartuxos, tomados uno y otro del que tenia el primer desierto adonde se retiró san Bruno, que siempre ha sido despues la casa principal de esta orden, y la residencia del superior general que la gobierna.

## ARTICULO XI.

### *Escritores eclesiásticos.*

Entresacarémos, como lo tenemos de costumbre, los autores mas célebres y que merecen mas ser conocidos, tanto entre los griegos como entre los latinos, porque la naturaleza de esta obra no permite presentar al lector sino lo mas útil que hay que saber, y mas importante sobre cada objeto. Miguel Psello, de quien ya hemos hablado algo, fué sin contradiccion el mas docto de los griegos que cultivaron las letras en este siglo. Era descendiente de una familia ilustre de Constantinopla. Llegó á la clase de senador, y su mérito le hizo ser muy estimado de los emperadores, hasta la caida de Miguel Ducas, que habia sido su discípulo. Despues de este suceso, que se refiere al año 1078, se retiró Psello á un monasterio, en donde murió al cabo de algun tiempo. Los AA. griegos que le han sucedido han hecho grandes elogios de su erudicion. Habíase exercitado con acierto en casi todas las especies de literatura sagrada y profana. Sin embargo, los varios escritos que ha producido su pluma no se han reunido en un cuerpo sino que se hallan, ó impresos separadamente ó esparcidos en varias colecciones. Leon Allatio, uno de los mas eruditos

y juiciosos críticos del siglo XVII., que había hecho particular estudio en la literatura griega de la edad media, pone las obras de Psello en grado superior á todo lo que se escribió en su lengua en su tiempo y despues de él. Alaba sobre todo el buen órden que reyna en sus escritos de todo género; admira su estilo noble, puro y eloqüente, y asegura que nadie ha tratado mas á fondo que él las materias á que se ha dedicado. Otros críticos no han juzgado tan favorablemente. *Mr. Dupin*, entre otros, en el siglo X. de su biblioteca eclesiástica, dice que á pesar de la alta estimacion que de este escritor hace Allatio, no halla sus obras ni muy útiles ni muy eruditas en las materias eclesiásticas, ni muy eloqüentes. Para conciliar dos opiniones tan opuestas sobre el mérito de un mismo autor, sería necesario entrar en prolixos exámenes y análisis que no son de nuestro plan.

En este siglo pondremos á Teofano el Cerameo, arzobispo de Tauromina en Sicilia, aunque ha habido críticos que lo han referido al IX. Dos son las razones que nos determinan á esto; la primera, que cita á Simeon Metafraste, autor del siglo X.; y la segunda, que habla del rey Rugero, que no puede ser otro que el conde de Sicilia de este nombre, calificado con el título de rey segun la costumbre de los griegos. Este autor ha dexado 72 homilias escritas en estilo simple, sin adorno ni sublimidad, pero muy instructivas y proporcionadas á los fieles para quienes se hicieron estos discursos. Explica en ellas primero el sentido literal de los evangelios, y despues se extiende sobre el sentido alegórico y moral, sacando inducciones para la práctica de las obligaciones y la direccion de las costumbres. Todo está muy bien expuesto, claro é inteligible; y las verdades prácticas, en que el pueblo de todos tiempos necesita que se insista mas que en todo lo restante, se aclaran como corresponden. Los contemporáneos de este obispo estimaban mucho sus homilias, sobre todo por la solidez de su moral, y por el método simple que ha seguido en la explicacion de los preceptos evangélicos. Lo cierto es que este linage de instrucciones populares es por lo comun mas útil que no los discursos de estilo mas limado y eloqüente,

Teofilacto, arzobispo de Acrida, metrópoli de toda la Bulgaria, es conocido con razon entre los hombres ilus-

tres, y los buenos AA. que ha producido la iglesia griega en este siglo. Era de Constantinopla, y florecia en tiempo de los emperadores romanos, Diógenes, Miguel Ducas y Nicéforo Botoniato. Instruyóse muy de antemano en las ciencias eclesiásticas. Por su talento natural, y su aplicacion hizo tan grandes progresos, y llegó á una reputacion de sabiduría tan bien establecida, que podia aspirar á las primeras dignidades de la Iglesia. Luego que fué ensalzado al obispado, trabajó sin intermision en extender el christianismo en aquellas partes de su metrópoli, donde habia aun crecido número de gentiles, y en fortalecer á los nuevos christianos en los principios de la fe. A pesar de estos trabajos, que lo ocupaban incesantemente por fuera, y que le consumian gran parte del tiempo, supo aprovecharlo tambien, que aun le quedó bastante para componer muchas obras. Entre las que se conservan suyas, las mas importantes son unos comentarios sobre los quatro evangelios, los hechos de los apóstoles, las epístolas de san Pablo, y los profetas Abacuc, Jonas, Nahum y Oseas; una coleccion de 75 cartas sobre varios puntos de moral y de disciplina, y algunas obrillas de ménos importancia, esparcidas en varias recopilaciones. En sus comentarios se ha dedicado á desentrañar el sentido literal, para lo qual le han dado casi toda la materia los de san Juan Chrisóstomo. Ha penetrado muy bien el pensamiento del santo doctor, y este es el principal mérito de sus interpretaciones, que ademas son claras, naturales, y muy á propósito para facilitar la inteligencia del texto. Pónese la muerte de este escritor hácia el año 1071.

Simeon, apellidado el Joven ó Xilecerces, abad del monasterio de san Mamas, en Constantinopla, era tambien uno de los adornos de la iglesia griega á mitad de este siglo. De él tenemos 33 discursos sobre la fe, la moral christiana y las obligaciones monásticas; un tratado afectuoso en prosa medida, intitulado *Himnos del amor divino*, y algunos otros escritos. Todas estas obras estan escritas de un modo expresivo, afectuoso, propio para alimentar la piedad, y para encender los corazones en los afectos mas tiernos del amor divino. Estan llenas de excelentes máximas sobre los ejercicios de la vida contemplativa, y sobre los medios de ensalzarse á la oracion mas sublime. Sin embargo, no dexan de tener algun peligro, á

causa de muchos principios sobre la union del alma con Dios, y sobre la oracion pasiva, cuyo abuso llegó á tanto entre los falsos espíritus que produjo la secta de los hesicastes ó antiguos quietistas. Simeon el Joven se ha tenido por uno de los gefes de esta secta de pretendidos místicos, de que hablaremos mas por extenso en la historia del siglo XIV., tiempo en que hizo mas ruido entre los griegos. Lo que ha dado pie para ponerlo entre los escritores favorables al quietismo, son los términos de union esencial, de luz increada, de transformacion del hombre en Jesu-christo, de estado impassible, en que todas las facultades del alma estan inmóviles y sin accion, y otros muchos de que se han valido, y de que los antiguos quietistas, como tambien los modernos, han abusado tanto; pero si en sus escritos hay cosas que puedan hacerlo sospechoso en este punto, hay todavía muchas mas que lo pueden justificar. Proponer á los que quisieron adelantar en la vida espiritual el exemplo de los solitarios mas santos, de los Arsenios, de los Eutimios, de los Sabas, establecer la humildad por fundamento de todas las virtudes, insistir á cada paso sobre la necesidad de combatir las pasiones, de tomar á Jesu-christo por modelo, de juntar las obras con la fe, recordar frecuentemente la obligacion de hacer penitencia, de llorar los pecados, de excitarse al dolor y al arrepentimiento, recomendar á los religiosos el cántico de los salmos, la lectura y el trabajo de manos, &c. Esto es positivamente enseñar una doctrina muy opuesta á los errores de los quietistas antiguos y modernos: ademas que esta doctrina se halla establecida y repetida en todas las obras de Simeon que han llegado á nosotros. De donde parece que se puede concluir, que si en adelante se han apoyado los hesicastes en la autoridad de este piadoso autor, no han hecho en esto mas que imitar á otros sectarios, cuyo uso ha sido siempre cubrirse con los nombres mas respetables para eximirse por este medio de las justas censuras de la Iglesia.

San Fulberto, obispo de Chartres, que fué en su tiempo la mayor lumbrera de la iglesia galicana, es desconocido todavía por lo tocante al lugar de su nacimiento y al estado de su familia. El mismo nos dice que no era visible en el mundo, ni por su origen ni por su fortuna. Algunos han pensado que era romano, otros lo tienen

por natural del Poitou ó en general del ducado de Aquitania, á causa de su amistad con el duque Guillermo V., á quien llama su señor. Sea como fuere, Fulberto, á pesar de la pobreza de su familia, halló medio de estudiar con los mayores maestros de su tiempo, entre otros con el célebre Gerberto que regentaba entónces la escuela de Rheims. Quando fué á Chartres, y abrió allí una escuela, cuya fama se acreditó en poco tiempo, y se esparció tan generalmente, que se venia á ella de todas partes, era todavía jóven. A las funciones de maestrescuela juntó tambien Fulberto las de cancelario de la iglesia de Chartres; y el equívoco de este título ha hecho decir á algunos que habia sido canciller del rey Roberto que siempre mostró hacer grande estimacion de él. Enseñó mucho tiempo; y como no se contentaba con desterrar las tinieblas de la ignorancia por medio del estudio de las ciencias divinas y humanas, sino que se aplicaba todavía mas á formar los corazones, sembrando en ellos la semilla de todas las virtudes, contribuyó á un mismo tiempo al restablecimiento de las buenas costumbres, y al progreso de las letras en Occidente. Todos los sugetos recomendables por sus luces y por su zelo en las iglesias de Francia y de Alemania, se gloriaban de haber sido discípulos suyos. Los mas fueron ensalzados á las dignidades eclesiásticas, y todos se acordaban, no sin enternecerse, de las lecciones de piedad que habian recibido de él. Habiendo vacado el obispado de Chartres en el año 1007, Fulberto, que á un tiempo era estimado de los príncipes, de los obispos y del pueblo, fué elegido para ocupar esta silla. A esta sublime dignidad llevó todas las prendas que son necesarias para desempeñar bien sus obligaciones. Sobre las acciones de su vida episcopal tenemos pocas noticias; pero se sabe por todos los monumentos de este siglo, que intervino en los negocios mas arduos de la Iglesia, y que fué en particular el oráculo de los obispos de Francia que no hacian nada sin consultarlo. Reducida á cenizas su iglesia catedral en un incendio que habia consumido casi toda la ciudad de Chartres en el año 1020, emprendió reedificarla con una magnificencia digna de su piedad y de su zelo por la gloria de Dios. Estaba dedicada á la Virgen Santísima; y la singular devocion que le tenia le movió á establecer en ella la fiesta de la

Natividad, cuya institucion era todavia muy moderna en la Iglesia. Tambien hizo por el mismo motivo himnos y prosas en honra de la Madre de Dios. Por último, este piadoso y docto prelado murió de edad avanzada el año de 1029 á los 21 y algunos meses de haber gobernado la iglesia de Chartres. Una cosa digna de observacion, y bastante singular es que su culto no se halla establecido en la iglesia de Chartres, aunque todos los autores que han hablado de él despues de su muerte lo califican de santo ó de beato.

Entre las obras que nos quedan de Fulberto las mas conocidas y mas estimadas son sus cartas, cuya coleccion se ha impreso muchas veces con varios aumentos, y sus sermones en número de 10. Sus cartas son por la mayor parte muy cortas, aunque por lo regular tratan de puntos de disciplina, de moral, ó de asuntos eclesiásticos. En algunos de sus sermones se dedica á dar á conocer el espíritu de la religion en la institucion de las solemnidades, para las cuales se han hecho; y en los otros combate los errores de su tiempo, y se propone establecer las verdades contra que iban, no tanto con pruebas eruditas, quanto con explicaciones proporcionadas á los alcances del pueblo. "En quanto á su modo de escribir dicen los eruditos autores de la historia literaria de Francia (tom. VII. pág. 278) convienen los críticos en que es superior al de los otros escritores de su tiempo. El estilo de sus cartas en particular está mas limado; en él se halla travesura, y una frase y delicadeza digna de los mejores siglos." Duplin juzga "que no ha tenido tanto acierto en las otras obras; pero sin embargo añade, que este autor habla muy doctamente, tanto sobre el dogma, como sobre la disciplina de la Iglesia, que da unas decisiones muy justas sobre los casos que se le proponen, y que muestra entereza en las ocasiones, sin faltar, no obstante, al respeto de las potestades." (Biblioth. Ecclésiast. sig. XI. pág. 18.)

San Pedro Damiano nació en Ravena á fines del siglo X. Sus padres eran honrados, pero pobres y llenos de hijos. A poco de haber nacido estuvo para abandonarlo su madre, á quien el mayor de los hermanos echaba en cara el crecido número de hijos que daba á luz, lo que reduciria á nada para cada uno de ellos la poca hacienda

que habia en la familia. Quedó sin padres muy temprano, y lo recogió uno de sus hermanos, que lo trató muy cruelmente; otro, mas blando y mas humano, lo recibió en su casa, y le acudió con todo lo que necesitaba. Llamábase Damiano, y se cree que por agradecimiento á sus buenos procederes tomó Pedro este apellido. Pasada la niñez, fué á estudiar á Fayenza y á Parma, y se aplicó á las ciencias con tanto empeño, é hizo en ellas progresos tan rápidos, que á poco tiempo pudo enseñar á los otros lo que habia aprendido. Tuvo un crecido número de discípulos, lo que hacia el producto de sus lecciones bastante considerable; pero como su vida era muy penitente gastaba poco para sí, y distribuia todo lo demas entre los pobres, á quien tenia un entrañable afecto. Las reflexiones que hacia muchas veces sobre la vanidad de las cosas humanas, y sobre la locura de aquellos que por adquirir una ciencia engañosa desprecian la verdadera sabiduría, le inspiraron el deseo de apartarse del mundo. No tardó en ponerlo en execucion, y aunque su talento le pudo prometer grandes ventajas en el siglo, se retiró á una soledad de la Umbría, llamada Fontea-vella, en donde muchos santos ermitaños pasaban una vida muy perfecta baxo la direccion de un abad, sugeto de grande mérito y de eminente virtud. En este santo lugar encontró Pedro Damiano lo que deseaba hacia mucho tiempo, que era el descanso del espíritu y del corazon, tiempo de orar y meditar las santas escrituras con grandes exemplos de fervor y de mortificacion que imitar. Todo el tiempo que no ocupaba con los ejercicios de la regla lo empleaba en el estudio de los libros divinos y de los padres, de suerte que llegó á ser muy presto tan hábil en las ciencias eclesiásticas, como lo habia sido hasta entónces en las letras profanas.

Dios no lo habia destinado tan solamente para edificar la Iglesia con la penitencia y las otras virtudes que se perfeccionan en el retiro, sino que queria que trabajase por ella de un modo todavia mas útil, instruyendo á los pueblos, combatiendo los vicios y los abusos, y animando el zelo de los pastores con vivas exhortaciones. Esto fué con efecto lo que no cesó de hacer Pedro Damiano con tanto empeño como prudencia desde que lo puso Esteban IX. en la silla de Hostia, y lo condecoró con la dignidad de cardenal. Casi todos los asuntos ánduos de la Iglesia se le

confiaron, porque sabia manejarlos con tal prudencia y tino, que siempre los llevaba á un éxito feliz. Todos los papas que se valieron de él desde Esteban IX. hasta Alexandro II., tuvieron siempre ocasion de aplaudir su zelo por la honra de la santa Sede, y el arte que tenia para manejar los ánimos. Sin embargo, en medio de estas ocupaciones multiplicadas no olvidaba las funciones de la dignidad episcopal; pero conocia todo su peso, y deseaba con ansia que se le descargase de él para volver á su amada soledad que nunca habia cesado de echar de ménos. El papa Alexandro II. no pudo resistirse á sus vivas instancias, y Pedro dexó por segunda vez el mundo y sus grandezas. Fué á juntarse con sus hermanos al desierto de Fonteavella, y como era su abad, aplicó todo su cuidado á mantener el espíritu de penitencia y de regularidad en este monasterio y en los que dependian de él. Sin embargo, no dexó de emplearlo todavía el sumo pontífice en varias legacías, ya á Francia, ya á Alemania, ya á Italia. Bastaba que un asunto fuese delicado, piadoso, que pidiese manejarse con moderacion y destreza, para que se encargase de él al piadoso y docto cardenal. Su paciencia lograba vencer todos los obstáculos, y su afabilidad conseguia siempre vencer las dificultades que se originan de la contrariedad de genios. Pasó de 80 años sin disminuir su austeridad y sus trabajos. Ponen su muerte á 22 de Febrero del año 1072.

Sus obras se han recogido en un tomo, dividido en quatro tratados ó partes, que encierran: 1.º 158 cartas distribuidas en ocho libros, segun el número de personas á quien se dirigen: 2.º 75 sermones colocados segun el orden de las fiestas del año: 3.º 60 opúsculos sobre varias questões de moral y de disciplina: 4.º 5 vidas de santos, á saber: la de san Odilon, abad de Cluni, la de san Mauro, obispo de Cesena, la de san Romualdo, fundador de los camaldulenses, la de san Rodolfo, obispo de Engubio, y una relacion del martirio de santa Flora y de santa Lucilla: 5.º por último, oraciones, himnos y prosas, y algunos otros tratadillos; muchos de los quales no son suyos. "Pedro Damiano (dice Dupin, Biblioth. Ecclésiast. sig. XI. pág. 335.) escribia con mucha facilidad y pureza; su estilo es limado, elegante, lleno de figuras y de amenidad; piensa bien, y da un

giro fino y delicado á lo que escribe. Hay cartas suyas compuestas con todo el arte y destreza posible. Tenia talento á propósito para las negociaciones, y sabia manejar tambien las cosas, que aquellos mismos á quien condenaba ó reprehendia, reconocian que lo hacia con razon. Hablaba con libertad á los papas y á las demás personas constituidas en dignidad, sin faltar no obstante al respeto que les debia. Hizo todo lo posible para que reviviese á lo ménos una sombra de la disciplina antigua en este siglo corrompido, y para poner freno á los desórdenes del clero y de los monges de su tiempo. Era muy docto en materias eclesiásticas, y estaba tambien muy lleno de la sagrada Escritura; pero se detenia mas en las alegorías, que en el sentido místico. Habia leído los padres latinos, particularmente san Agustín y san Gregorio, cuya doctrina y máximas habia tomado muy bien. Raciocinaba con sutileza sobre las questões de teología y de controversia. Era muy devoto de la Virgen santísima, y observaba puntualmente los ritos de la Iglesia y las prácticas monásticas." A este juicio se podria añadir, que le faltó crítica muchas veces á este escritor, por otra parte tan digno de estimacion, de que no estaba bastante alerta contra lo maravilloso; de que admitia con extremada credulidad todas las historias de milagros y de apariciones, y de que las mas veces sus pruebas, aun tratando de las materias de la mayor importancia, se reducen á unas explicaciones arbitrarias de la Escritura; pero contra estos débiles defectos que se advierten en sus escritos, las ideas de su siglo, y su gran zelo por la honra de la Iglesia deben servirle de excusa. Los desórdenes contra los quales clamó mientras vivió con un valor admirable, eran la simonia y la deshonestidad de los clérigos; la vida profana y la irregularidad de los monges, y los abusos que reynaban en la corte de Roma; abusos que los mismos papas no podian reprimir, porque eran una consecuencia necesaria del nuevo sistema de gobierno eclesiástico introducido por las falsas decretales.

Lanfranco nació en Pavía, á principios de este siglo, de una familia ilustre. Su padre era senador y custodio de los archivos, empleo honorífico, que pedia tanto talento como probidad. Lanfranco era todavía muy jóven quando

lo perdió; pero como no se hallaba aun en edad de poder ejercer los cargos vacantes por su muerte, dexó su patria para ir á estudiar á Bolonia. Todo el tiempo y toda la aplicacion la dedicó á las ciencias humanas, sin pensar casi en la de la salvacion. Al cabo de algun tiempo pasó á Francia con el anhelo de perfeccionar lo que habia estudiado, y de adquirir nombre. Pasando por una selva le cogieron ladrones, lo desnudaron, y lo ataron á un árbol. En esta triste situacion, de donde su talento y saber no podian sacarlo, expuesto á morir de hambre, ó ser presa de las fieras, quiso encomendarse á Dios, y recitar algunas oraciones vocales, pero no sabia ninguna. Confundido con una ignorancia tan á propósito para humillar á un sabio, exclamó con un eficaz afecto de compuncion: *¡ay señor! tantos años he empleado en estudiar ciencias humanas, y no he aprendido todavía á orar á vos. Libertadme del peligro en que estoy, y os prometo consagrarme á vuestro servicio.* Apenas habia pronunciado estas palabras quando oyó algun ruido á lo léjos; y eran unos viajantes que venian hácia él. Imploró su socorro; y luego que lo desataron, les preguntó si habia por allí cerca algun monasterio. Habiéndole respondido los viajantes que la abadía del Bec recién fundada no estaba distante, y mostrándole el camino, fué allá inmediatamente, y así que llegó suplicó al abad que lo recibiese. No pasó mucho tiempo sin que se conociese el mérito del nuevo religioso, que no procuraba distinguirse de los otros mas que en el fervor, obediencia y humildad. No queriendo el abad tener escondido el tesoro que poseia, encargó á Lanfranco que enseñase en su monasterio, cuya escuela era todavía endeble, y estaba poco acreditada. Baxo la direccion de este excelente maestro, se hizo en poco tiempo la mas célebre que habia en aquellas comarcas. Deamparaban las demas academias para acudir á ella, y el número de los discípulos fué muy en breve tan grande, que los otros profesores llegaron á tener envidia, entre otros el famoso Berengario, como lo hemos dicho hablando de este heresiarca en el artículo IX.

Ya era prior del Bec Lanfranco quando Guillermo I., duque de Normandía, lo sacó de este monasterio para hacerlo abad del que acababa de fundar en Caen. Este príncipe hacia de él tanta estimacion, que despues de la con-

quista del reyno de Inglaterra, lo eligió para ir á Roma á conferenciar con el papa Alexandro II. sobre los medios de reformar las iglesias de esta isla, donde la simonía y corrupcion de costumbres habian introducido toda especie de vicios. Dado á conocer mas y mas el ingenio y habilidad de Lanfranco con su buen éxito en esta comision, resolvió Guillermo ensalzarlo á la dignidad episcopal, para que su talento pudiese ser mas útil á la Iglesia; pero el piadoso abad contento en su retiro, y lleno de repugnancia á las dignidades, cuya obligacion y riesgos no se le ocultaban, rehusó tenazmente el arzobispado de Ruan, que se le instaba admitiéndose. Algun tiempo despues, Guillermo, que necesitaba de un sugeto instruido, entero y virtuoso para ocupar la silla de Cantorberi, puso los ojos en Lanfranco, y le obligó á tomar el gobierno de esta iglesia el año 1070. La eleccion del príncipe fué aplaudida por todos, y confirmada por un concilio. El papa Alexandro II., que habia sido discípulo de Lanfranco, le envió por distincion dos palios, dando á entender de este modo quán léjos estaba de consentir en las vivas instancias que le hacia para descargarse de la pesada carga del obispado. Lanfranco gobernó la iglesia de Cantorberi el espacio de 19 años con mucha prudencia y autoridad. Siempre conservó su crédito con el rey Guillermo, quien obligado á pasar al continente para poner en orden los negocios de su ducado de Normandía, lo habia nombrado regente del reyno de Inglaterra en su ausencia. Murió poco tiempo despues que este gran príncipe, á principio del año 1089.

Sus escritos los ha recogido y publicado Don Lucas de Achery. Los principales son: 1.º un tratado del cuerpo y sangre de Jesu-christo contra Berengario, del que hemos hablado en el artículo de este novator: 2.º comentarios sobre las epístolas de san Pablo: 3.º notas á las obras de Casiano: 4.º cartas breves y en corto número, pero muy notables y á propósito para dar á conocer el estado de la iglesia de Inglaterra en este siglo. El estilo de Lanfranco no es ni florido ni sublime, sino sencillo, natural, claro y fácil, así, en una palabra, como debe ser en las obras dogmáticas, cuyo fin es probar las verdades, y refutar los errores. Sus racionios son exáctos y llenos de fuerza; y sus pruebas limpias de todo objeto extraño,

eficaces y dispuestas en el mejor orden. Habia estudiado bien los antiguos padres latinos, y los cánones de la Iglesia, sobre los quales apoya su doctrina y sus argumentos. Pocos autores eclesiásticos hay de aquel tiempo que hayan escrito sobre la filosofía con tanto método y precisión, y cuyas decisiones sean tan juiciosas.

San Anselmo, sucesor del beato Lanfranco en la silla de Cantorberi, nació en la villa de Aosta, al pie de los Alpes, el año 1033. Su padre, llamado Gondulfo, era uno de los caballeros mas principales de esta comarca de Lombardía. Su madre, nombrada Hermemberga, que era de gran piedad, le inspiró muy con tiempo el gusto de la virtud. Todavía era jóven quando le faltó; y privado de sus lecciones, abandonó muy pronto el fervor y piadosos afectos que habia recibido de ella, y se entregó á las vanidades del mundo, y á las ideas de fortuna que su nacimiento, junto con sus buenas prendas, no hubiera dexado de hacer efectivas si se hubiese quedado en el siglo; pero Dios, que queria hacerlo una de las columnas mas firmes de la Iglesia, lo llamó muy pronto á sí. Los primeros estudios los habia tenido en su patria; pero una disputa que le ocurrió con su padre, le hizo tomar la resolucion de pasar á Borgoña y á Francia á perfeccionarse en las ciencias. La reputacion de Lanfranco lo atraxo al monasterio de Bec, para tomar en él las lecciones de este hábil profesor. De discípulo le hizo muy pronto amigo, descubriéndole el fondo de su corazón, y no teniendo nada oculto para él. Habiendo revivido la semilla de piedad sembrada en otro tiempo en el corazón de Anselmo con los santos exemplos que continuamente se le presentaban, y con las piadosas conversaciones que á menudo tenia con su maestro, sintió nacer en sí un grande deseo de dedicarse á Dios; pero antes de executar lo, sujetó su vocacion al exámen de su maestro y de algunos otros varones virtuosos á quien consultó. Guiado de sus sabios consejos, abrazó la vida religiosa en el monasterio de Bec, siendo de edad de 27 años; y 3 despues de haber profesado, se le hizo prior de él, lo que manifiesta los grandes y acelerados progresos que habia hecho en la virtud. Muerto Herluino, primer abad de este monasterio, el año 1078, fué elegido Anselmo para sucederle.

Como esta abadía poseia grandes haciendas en Inglaterra, tenia que pasar el abad muchas veces á aquella isla para informarse y arreglar los negocios que sobrevenian con este motivo. Anselmo dilató en quanto pudo hacer este viage, por miedo de que no pusiesen la mira en él para darle la silla de Cantorberi, ó que creyesen que aspiraba á ella. Sin embargo, no pudo negarse á las instancias de Hugo, conde de Chester, su amigo, que estando para morir queria consultarle en asuntos de su conciencia. Lo mismo que Anselmo habia temido tanto, eso mismo sucedió. Guillermo II., llamado el Roxo, príncipe codicioso y zeloso de su autoridad, que dexaba las iglesias sin pastores por gozar de sus rentas, dilataba hacia quatro años ocupar la silla de Cantorberi, á la que estaba anexa la primacia de Inglaterra; pero habiendo enfermado, y temiendo el juicio de Dios, se determinó, á instancia de todos los que estaban á su lado, á dar obispos á las iglesias vacantes, y sobre todo á la de Cantorberi. San Anselmo fué escogido para gobernarla, y á pesar de su obstinada resistencia, se vió obligado á admitir esta dignidad. Guillermo sanó de su enfermedad, y olvidándose de todo lo que habia prometido, empezó de nuevo sus vexaciones y violencias. Anselmo, sin faltar á lo que le debia como soberano, se juzgó obligado á resistir á sus intenciones, y á oponerse con todo el vigor episcopal á la tiranía que continuaba exerciendo contra los monasterios é iglesias. Su entereza le acarreó el aborrecimiento del príncipe; y para eximirse de él, tuvo que dexar furtivamente la Inglaterra, y refugiarse ya en Roma y ya en Leon. Esta persecucion no cesó hasta la muerte de Guillermo; pero empezó de nuevo muy pronto en el reynado de Henrique I. su hijo, que criado segun sus principios, adoptó su política, y siguió sus huellas. Anselmo, el único de los obispos que se atrevió á hacerle resistencia, entre tanto que el temor hacia ceder á todos los demas á su voluntad, cayó en su desgracia, y tuvo otra vez que abandonar su iglesia, á la que no volvió hasta tres años ántes de su muerte. Henrique lo habia restituido á su estimacion y confianza. El santo obispo se aprovechó de este tiempo de quietud para reparar las brechas que las turbaciones antecedentes habian hecho en la disciplina. Murió lleno de dias y de mérito el

año 1109, á los 16 años de obispado y 76 de edad.

San Anselmo no es ménos recomendable por su sabiduría y escritos, que por su conducta valerosa y zelo por los intereses de la Iglesia. Sus obras reunidas en un mismo cuerpo se reducen á tres clases: la primera comprende sus tratados dogmáticos: la segunda sus homilias y opúsculos sobre varios asuntos de piedad; y la tercera sus cartas en número de mas de 400, distribuidas en quatro libros, segun los varios tiempos de su vida en que las escribió: la primera de estas tres clases es la mas importante, y los tratados que se han recogido en ella, abrazan con corta diferencia toda la teología dogmática. Antes de este ilustre doctor no se halla autor eclesiástico que haya escrito sobre el dogma con tanto orden, precision y claridad. Es el primero que ha unido el método dialéctico, y el arte del racionio con las discusiones de la teología. De esta unión es de donde se ha visto nacer la teología escolástica, de que san Anselmo es mirado como padre; ciencia útil quando sabe contenerse en justos límites, que da fuerza á las pruebas de la verdad, y que desarma el error descubriendo sus sofismas. Parece que san Anselmo no estaba muy versado en la teología expositiva, de la que hace poco uso en sus escritos. Sin embargo, habia hecho estudio particular en san Agustin, y se advierten en sus obras muchos principios tomados de este padre, despues del qual fué san Anselmo el metafísico mas profundo que se habia conocido (a).

(a) Sampiro, obispo de Astorga, debe tambien ser colocado entre los escritores de este siglo; así por ser autor de una historia de mucha nota y buen concepto entre los eruditos, por haber vivido en los mismos tiempos en que escribió; como porque se encuentran en ella muchos sucesos pertenecientes á disciplina eclesiástica, concilios, &c. que hubieran quedado sepultados en el olvido si no debieramos su noticia á este laborioso prelado y sabio escritor. Y asimismo Salomon, arcipreste de Toledo, que escribió un libro intitulado, *de Virginitate Sanctae Mariae*, el qual se conserva en un códice MS. de letra gótica en la librería del convento de religiosos de la santísima Trinidad de Toledo. *Castro Bibliot. Esp.*

## ARTICULO XII.

*Costumbres generales, usos, disciplina.*

Si el siglo XI. fué mas ilustrado que el antecedente; si revivió en él el estudio de las ciencias eclesiásticas; si excitados los entendimientos con los sucesos políticos, tomaron nueva elevacion, se puede asegurar que no por eso fué menor la corrupcion. Las costumbres públicas se depravaron mas y mas, y unos vicios desconocidos á las edades que habian pasado, tuvieron origen en medio de las turbaciones que agitaban á toda la Europa. Los odios hereditarios que se encendian entre estos pequeños tiranos, que tomaban el nombre de príncipes, de señores y de castellanos, habian puesto á la Francia y á los otros reynos en un estado de guerra habitual. El saqueo, los homicidios, los robos, las venganzas atroces eran consecuencia inevitable de aquella independenciam audaz y desenfrenada, que se miraba como propiedad y carácter de la soberanía en aquellos que se habian propuesto no reconocer superior ni leyes. Sin embargo, la caballería, que era una mezcla extravagante de honra, de libertad, de heroismo, de humanidad, de galantería y de devocion, habria debido moderar las costumbres, dar ideas de las virtudes sociables, y hacer ménos comunes las injusticias: pero este instituto acababa de nacer, y no tenia aun código ni máximas; y así es, que hasta despues de perfeccionado, no produjo los buenos efectos que se vieron resultar de él en adelante. La sociedad era infeliz porque las pasiones no tenian freno, la fuerza se atrevia á todo, y el delito cometido, mandado ó protegido por los grandes, quedaba sin castigo. Estando la venganza en poder de los particulares, y no teniendo otro objeto que el de rechazar la injuria ó reprimir el ultraje y la violencia contra violencia mas perjudicial, y con ultrajes mas sangrientos, no podia hacer otra cosa que multiplicar los desórdenes.

La religion, último apoyo de la virtud, y último recurso de la humanidad, acudía al socorro de los infelices oprimidos; pero por lo regular era sofocada su voz, y su autoridad ineficaz. Sus ministros no hacian respetables